

Del asombroso descenso del pequeño *Ráflez* a los abismos

Itala Schmelz

1. El 11 de abril de 1942, Esperancita López Mateos, hermana del exmandatario mexicano Adolfo López Mateos, se aventuró por las fantásticas galerías subterráneas que recorre el río Chontalcoatlán, cerca de las grutas de Cacahuamilpa, como miembro del grupo de exploradores *Los Peteretes*.

En la revista *Jueves de Excélsior*, se publicaron las experiencias de esta “muchachita pensante y melancólica”, “de andar elástico como de Walkiria”, quien viajó a 150 metros bajo la superficie terrestre, conquistando así, para el sexo femenino mexicano, las entrañas del planeta.

En este artículo, la jovencita cuenta su viaje al lado del explorador y fotógrafo Rafael García, *El Ráflez*, quien formaba parte de la expedición. *El Chaparrito*, como también se le conocía en el medio artístico, cargaba consigo un pesado equipo fotográfico: una cámara 5 x 7, placas de magnesio para *varios flashes*, un tripié, etc., dispuesto a desenterrar, con su arte, los maravillosos escenarios ocultos bajo la tierra.

En el kilómetro 142 de la carretera a Acapulco, *Los Peteretes* bajaron de su automóvil, echaron mochilas al hombro y tomaron una vereda que, tras varias horas, los condujo hasta la majestuosa entrada de la gruta. “A los pocos minutos nos despedíamos de la luz del sol que brillaba aún en el exterior, aventurándonos en la oscuridad, guiados únicamente por la débil luz de las lámparas de carburo”, recuerda la joven exploradora.

Tras quince horas de camino, Esperancita vio nuevamente la luz solar. Había entrado por el estado de Guerrero y estaba saliendo por el estado de México: “Y de pronto, allá en el fondo, descubrí un reflejo azulado. Mi alegría no tuvo límites. ¡Ya llegamos! grité [...]. Apresuramos el paso y de pronto nos encontrábamos ante la salida; el sol brillaba espléndidamente jugando entre las hojas de los árboles y reflejándose en las aguas del río”.

2. Un siglo atrás, el impetuoso profesor Otto Lidenbrock, catedrático de Mineralogía en la Universidad de Johannaem de la ciudad de Hamburgo, y Axel, su sobrino, descubrieron por azar “un pergamino grasiento que, deslizándose de entre las hojas de un libro, cayó al suelo”.

En este “antiguo documento, encerrado tal vez desde tiempos inmemoriales dentro de un libro viejo [...], había trazados, en líneas transversales, unos caracteres mágicos”. Su mensaje, descifrado accidentalmente por Axel, después de los desvelos y las búsquedas eruditas pero infructuosas de su tío, los condujo hacia un insólito *Viaje al centro de la tierra*, ficción escrita por Julio Verne.

El manuscrito que descubren los personajes de Verne había sido firmado por un tal Arne Sakussem, misterioso alquimista del siglo XVI (perseguido por hereje y sus obras quemadas en la hoguera) y decía lo siguiente: “Desciende al cráter del Yocul de Sneffels que la sombra del Scartaris acaricia antes de las calendas de Julio, audaz viajero, y llegarás al centro de la tierra, como he llegado yo”.

“El Yocul de Sneffels es una montaña de Islandia”, explica el erudito a su sobrino: “las calendas de julio son los últimos días de ese mismo mes y el Scartaris es otra montaña vecina a la primera. El manuscrito dice, por lo tanto, que si bajamos al cráter del Sneffels podremos ver la sombra del Scartaris que, en los últimos días de julio, por ahí se cuela, señalando la entrada a una galería subterránea. Se podría considerar, pues, aquel agudo pico como el gnomon de un inmenso cuadrante solar, cuya sombra de un día determinado señalaba el camino del centro de la tierra”.

Es así como los personajes de Verne descienden por el cráter apagado del Sneffels, en Islandia, región árida y de nieves eternas, y se sepultan en las entrañas del globo para vivir las más extraordinarias aventuras, hasta que, cuatro meses después, salen expulsados por la chimenea en erupción del Stromboli, como “demonios vomitados por las entrañas del infierno”, bajo el cielo azul y cálido de Sicilia, a 1,200 leguas de distancia del lugar por donde habían entrado.

3. ¿En qué se parecen las experiencias de todos estos aventureros que descendieron por los laberintos tenebrosos de la tierra, cual Virgilio en *unfacilis descensus Averni*?

De un lado, podríamos señalar una actitud científica, aunada a un vigor deportivo, y del otro, una actitud estética. La primera marca una manera de entender y de explicarse todo racionalmente, mientras que la segunda se manifiesta como una constante exaltación entre la fascinación y el vértigo, expresado inmejorablemente por Verne a través de Axel, el narrador de su novela: “Mis nuevas sensaciones requerían palabras nuevas y mi imaginación no me las suministraba. Contemplábalo todo con muda admiración no exenta de cierto terror”.

Cuando lo que vemos rebasa nuestra capacidad de comprensión, surge en nosotros una emoción que no alcanza a expresarse plenamente: “Los vocablos del lenguaje humano no son suficientes para los que se aventuran en los abismos del globo”, lo cual nos lleva a buscar con la imaginación nuevas formas de expresión: ésta es la búsqueda estética. [...]

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea 12. La noche*
México, Centro de la Imagen/Conaculta, 1997